

Fuego oscuro

Felipe Melo Souza



Capítulo 1

Una tierra sin reino en lo que podría ser el borde del mundo. Antiguos valles retumban. Los árboles gigantes crujen.

La exuberante hierba es pisoteada de repente bajo los cascos de un caballo de carreras. En la silla de montar: una espada roma; un escudo de madera; un niño con la armadura de un hombre aferrado a los reinados; una chica cuya fuerza se está desvaneciendo aferrándose a su cintura.

En algún lugar de esta tierra olvidada hay una cura. Ella lo ve en sus sueños: un lugar de luz; un lugar que Fuego Oscuro no puede alcanzar.

El mítico Fuego Oscuro- devorador de bosques y montañas y reinos; una colosal tormenta arrasando la tierra, consumiendo todo y todos a su paso. Y solo el jinete vestido con capucha sabe por qué, el que galopa delante de él, a la cabeza de su creación, persiguiendo su marca implacablemente a través de este mundo agonizante.

"¿Owen?", gime la niña.

El lado de su rostro que aún está vivo está apretado contra la espalda de Owen.

El otro lado es negro y carbonizado, con un agujero sellado en el que solía haber un ojo azul y filamentos cenicientos de cabello que alguna vez fue rubio y que cuelga de un cuero cabelludo despegado.

Se extendió desde su brazo. Se está extendiendo aún.

"Espera, Isabela", responde Owen, antes de forzar al caballo a cruzar una corriente y enviarlos a la carga por una pendiente rocosa. "Por favor espera."

Montañas distantes crecidas Las ondas corren sobre la superficie del río.

"Esto es", dice Isabela, mientras Owen pone su frágil cuerpo contra un árbol húmedo en la orilla. "Allí arriba."

Ella apunta hacia lo alto de las colinas, donde el río sube alrededor de rocas afiladas antes de desaparecer en el denso bosque.

"¿Estás seguro?"

Isabela echa un vistazo al agua, brevemente, hasta que Owen se distrae

con una nueva lucha por quitarse el casco.

Ella se ríe al ver el borde grasiento pegado a sus ojos, mientras que Owen frunce el ceño y se posa sobre el río.

Con gratitud, ella sorbe agua de sus manos, antes de hacer una mueca mientras él rocía el resto de gotas sobre su piel quemada.

"No lo hagas, Owen, por favor, no servirá de nada".

Maldición Arturo, Owen se enfurece, tropezando cuando la espada en su cintura se clava en la tierra, mientras se deja caer junto a Isabela, en su lado bueno.

Ella apoya su cara contra su mejilla. La frente de Owen hace cosquillas debajo de lo que queda de su suave cabello.

No pueden quedarse aquí, el Fuego Oscuro está por llegar, se dice a sí mismo, mientras Isa se acurruca más cerca, justo como solía hacerlo.

Estaba solo y asustado, entre ratas, perros y botas de indiferentes extraños, cuando ella apareció, sucia y abandonada como él.

Ella tenía un pedazo de pan duro, se lo dio porque tenía hambre, y la mantuvo bajo el puente porque tenía frío. Se estremecieron juntos, estaban hambrientos juntos, pero estaban juntos, ¿por cuánto tiempo?

Hasta que Arturo los recogió.

"Isa," murmura Owen, luchando por mantener los ojos abiertos. "No podemos quedarnos aquí".

El día se está convirtiendo en un anochecer antinaturalmente rápido, ya que las rayas rojas sangran en el cielo y brillan como llamas.

El fuego - Owen recuerda su calidez, el suave crepitar, cómo la sombra de las llamas bailaba en las paredes de mármol de la cámara de Arturo, mientras Owen e Isa se sonreían el uno al otro con incredulidad sobre una mesa repleta de carnes saladas y vegetales humeantes, y algunos pasteles con gruesas capas de rojo y amarillo.

"Tenemos que irnos", dice Owen, sacudiendo a Isa.

La carne desaliñada en su cuello lo hace hacer una mueca, y las palabras vuelven corriendo hacia él, las palabras que Arturo gritó mientras huían:

"¡No hay cura! ¡Ella tiene que morir!

La escalada es brutal, tenía razón al dejar el caballo. No es que no duela, al ver a su compañero bebiendo todavía del río, ajeno al jinete disfrazado que carga a lo largo de la orilla y al inmortal Fuego Oscuro que asalta el valle detrás.

Las manos de Owen están entumecidas, sus rodillas y codos ensangrentados.

Él jadea con la espalda contra rocas irregulares, antes de raspar la piel arruinada de Isa contra la piedra mientras la arrastra sobre otra repisa empinada.

"No puedo, Owen", llora, desplomándose junto a él.

Ella pone una mano ennegrecida en su espada.

"No."

"Debes hacerlo, Owen".

"No", dice enojado. "No lo haré. Hay una cura, tú mismo lo dijiste".

El cielo ardiente se refleja en los ojos de Isa mientras mira el valle.

"Pero el mundo ..." ella comienza a balbucear.

Owen observa como el árbol junto al río se arranca de sus raíces, y su caballo, confundido y presa del pánico en sus últimos momentos sin un maestro, es alcanzado por el humo negro.

"No me importa", murmura Owen, inseguro de si lo dice en serio.

La marca en el brazo de Isa late bajo sus dedos cuando él la levanta.

Y no puede evitar mirarlo, el profundo agujero negro y el feroz vórtice arremolinándose dentro, recordando cómo Isa gritó, mientras Arturo cantaba; cómo Owen golpeó la puerta de la celda cuando vio a los otros niños, sus rostros desfigurados, sus miembros deformados. Maldecirlo es poco.

"Owen, mira", dice Isa, mirando hacia el río, angosto ahora como un arroyo y cayendo casi verticalmente. "Resplandece. ¿Lo ves?"

El humo se levanta. El cielo se pone rojo. Pero Owen lo ve, la luz brillando

en el agua.

Más allá de las rocas se encuentra una ladera fangosa perforada por las raíces de grandes árboles, que se elevan cada vez más en el cielo rojo como el ascenso continúa.

¿A dónde? Isa se tambalea como alguien sonámbula, gesticulando ciegamente hacia el río, su único ojo bueno comienza a fallar como el otro.

¿Ella lo sabe? Owen la atrapa ocasionalmente y la deja descansar contra los árboles momentáneamente. Pero el sonido de la destrucción es una constante detrás de ellos, y el jinete encapuchado, liberado por un compañero frágil, tiene que estar cerca.

Sobre el pico de la ladera hay un claro cubierto de hierba, ensombrecido por un escarpado acantilado cubierto de musgo con un pasaje oscuro y angosto en la base desde la cual se origina el río, centelleando al derramarse sobre piedras de guijarros. "A través de allí", señala Isa, saliendo por su cuenta.

"Espera, Isa", llama Owen, cauteloso del extraño resplandor azul que emana de la entrada. Él se apretuja detrás de ella, girando hacia los lados para ajustarse al escudo de madera que tiene en la espalda, y por un momento queda deslumbrado, hasta que sus ojos se adaptan a la nueva fuente de luz.

Brilla aún más brillante aquí, se da cuenta, mirando sus botas brillar cuando el agua las cubre y maravillándose de cómo ilumina el pasadizo como la luz de la luna.

Isa es una figura fantasmal delante de él, agarrando la húmeda pared de la cueva con una mano negra, un vestido blanco que se arrastra en el agua.

Sigue la luz por una larga pendiente tallada como una escalera a través del acantilado y Owen se sube muy cerca, listo para atraparla en cualquier momento.

Pero la cumbre la posee, y ella no tropieza. "¿Oyes las olas, Owen?" Susurra de repente. "Creo que hay un océano debajo de nosotros". Un rayo de luz se eleva hacia el cielo desde un gran cráter en el centro de un claro flanqueado por rocas oscuras.

Es el punto más alto por millas, con una caída total en todos los lados. Pero no es el borde del mundo, Owen se da cuenta, notando las verdes tierras que se extienden ante él y las montañas nevadas en el horizonte,

más alimento para el Fuego Oscuro.

En la dirección opuesta, la pared de fuego se extiende indefinidamente de este a oeste, las llamas azotan el cielo como truenos mientras el viento que se acerca levanta el suelo polvoriento a los pies de Owen.

"Aquí", dice Isa, arrodillándose al borde del cráter. "¿Y ahora qué?",
□□pregunta Owen, protegiéndose los ojos de la intensa luz.

"... No estoy segura", responde ella, contemplando tocarlo.

Un chapoteo; luego pasos debajo del viento. Una bota choca contra el suelo detrás de ellos. "Para", ordena una voz profunda.

Sobresaltado, Owen se da la vuelta, desenvainando su espada sin pensar. Desmontados y jadeando pesadamente, su perseguidor los enfrenta, capa negra empapada de la escalada y aleteo en el viento detrás de él.

Su túnica bordada está desgarrada, sus mejillas de bronce son demacrado, sus ojos una vez agudos son pesados □□inyectados en sangre. "Mira lo que has hecho", suspira, mirando el Fuego Oscuro.

"Hiciste esto, Arturo", responde Owen, agarrándose al escudo con la otra mano. "Cometí un error, chico. Una inevitable en mi oficio.

Pero tú ... "señala enojado a Owen. "Hiciste esto de buen grado. Te dije lo que sucedería. Te dije que tenía que morir ".

Owen monta guardia antes que Isa. "¿Qué? ¿Pensaste que lo estabas superando?

Arturo se ríe. "Has visto el humo subiendo; has visto las llamas formarse en el cielo, ¿no? La marca invoca a Fuego Oscuro. Está ligado a ella. Va a donde va. Vive porque ella vive. Tú lo sabes ".

" Pero tú has dejado huella ", grita Owen. "Es tu culpa que ella sufra. Es tu culpa que se esté muriendo ".

Arturo le devuelve la mirada.

"Soy un servidor de la magia. Es mi negocio descubrir los secretos de este mundo. La experimentación es un proceso impredecible pero crucial, y a veces es una necesidad desafortunada sacrificar una sola vida en busca del conocimiento que beneficie a todos.

Pero fuiste tú quien siguió corriendo; tú que condujiste las llamas hasta aquí. ¿Cuántos han sufrido por ti? ¿Cuántas vidas has sacrificado, todo por

ella?

Arturo desenvaina su espada y avanza.

"Pero no puedes salvarla". Estas son fuerzas antiguas. No hay nada en ese cráter sino más destrucción. Mira la tierra detrás de ti. Todavía hay esperanza, pero ella tiene que morir. Ahora."

Con una sola palabra y deslizando su mano vacía, Arturo envía a Owen volando hacia una roca antes de que pueda levantar su escudo. Las piernas de Isolda finalmente fallan mientras ella se apresura en su ayuda, forzando a Arturo a correr peligrosamente natural antes de caer en el cráter. Owen jadea para respirar.

El Fuego Oscuro se acerca. Arturo se apodera de la parte posterior de la cabeza de Isa, mientras que Owen se arrastra desesperadamente, el polvo se arremolina en sus ojos. Cuando Arturo levanta su espada, una sola hebra de pelo ceniciento cae entre sus dedos y flota suavemente sobre la superficie del agua.

"No", protesta.

Se forman burbujas en el cráter.

"No es posible."

El suelo comienza a temblar. Arturo deja a un lado a Isa y canta en un frenesí, con las manos suplicantes sobre el agua. Un profundo estruendo, antes de que el cráter se astille, se agrieta por completo, mientras Owen arrastra a Isa a través del polvo. Luego la erupción.

El agua corre a lo largo del eje luminoso más rápido que el sonido, desgarrando a Arturo antes de que pueda gritar. Una cúpula montañosa de agua se forma en lo alto del cielo, derramándose sobre la tierra en todas direcciones.

Owen e Isa se esconden detrás de las rocas, cubriendo sus orejas contra el rugido ensordecedor, mientras las aguas cargan para enfrentar el fuego. Las voces demoníacas se retuercen.

Isa se convulsiona y tiembla incontrolablemente. Luego, el humo sale corriendo de su cuerpo y un grito estridente huye de su boca cuando las negras llamas del Fuego Oscuro son desterradas bajo las olas.

No hay viento, ya que Owen se encuentra en el borde del acantilado, protegido y aprisionado por una pared de agua que cae en cascada por

todos lados desde la cúpula en el cielo.

La destrucción es distante e inaudible, como una tormenta vista desde la seguridad de una ventana, ya que la tierra que ardió ahora se ahoga, e incluso aquellas tierras que no han sido tocadas por el fuego son consumidas por el agua.

"Mira", dice, mirando a través de la pared translúcida. "Creo que ha llegado a las montañas".

Isa salta de una roca y corre para unirse a él en el borde.

"¿Crees que se detendrá?", pregunta ella.

"No lo sé..."

Su cabello rubio brilla como el oro a la luz del sol; sus ojos azules brillan, mientras Owen toma su mano y pasa los dedos por la suave piel de ambos brazos.

"... No me importa".

La marca y su maldición han muerto con el Fuego Oscuro: eso es todo lo que importa; y él e Isa están juntos, tomados de la mano en el borde del mundo.

Fin